

La vida en la Selva Lacandona



Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Ilustraciones
Diana Rubí Guzmán Juárez



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. México.

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural
y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social



La vida en la Selva Lacandona

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Ilustraciones

Diana Rubí Guzmán Juárez

Corrección de estilo

Azalea Isabel Monterrubio Jiménez

Diseño editorial

Estefany Flores Muñoz

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021

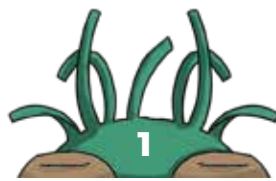




PRÓLOGO

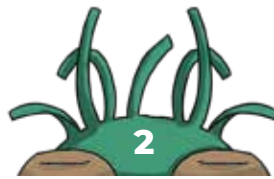
LOS LACANDONES SON UNA PARTE IMPORTANTE DE LA SELVA, SON sus protectores, la naturaleza es muy valiosa para ellos, por lo que le brindan el cuidado y su agradecimiento. No toman de la tierra más de lo que necesitan, pues sólo aprovechan la fruta o hierba que les sirve para su sustento, es decir, ellos cultivan y cosechan sus propios alimentos como el maíz, la calabaza, el jitomate, frijol, tubérculos, condimentos, entre otros, sin depre- dar la tierra que les da de comer. De igual manera, la caza es una actividad que realizan únicamente cuando lo consideran necesario.

Tanto su ropa como su calzado buscan la armonía y el acercamiento con el entorno que los rodea; los hombres usan túnicas de manta blanca, mientras que las mujeres portan vestidos floreados como símbolo de devoción a la Madre Tierra.



Felipe es un niño que vive en la Selva Lacandona junto a su familia. Esta historia nos cuenta la vida de este pequeño, sus costumbres, y describe el lugar donde vive. Podremos conocer su admiración por animales considerados sagrados, como el jaguar y el lagarto. Pero lo que él no sabe, es que el día menos pensado, a su corta edad, tendrá un encuentro sorpresivo.

Adéntrate a este relato y conoce la aventura de Felipe Q'uin en la Selva Lacandona de Chiapas, en la frontera de México con Guatemala.

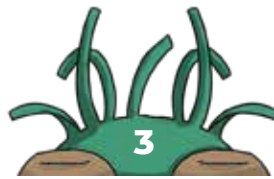


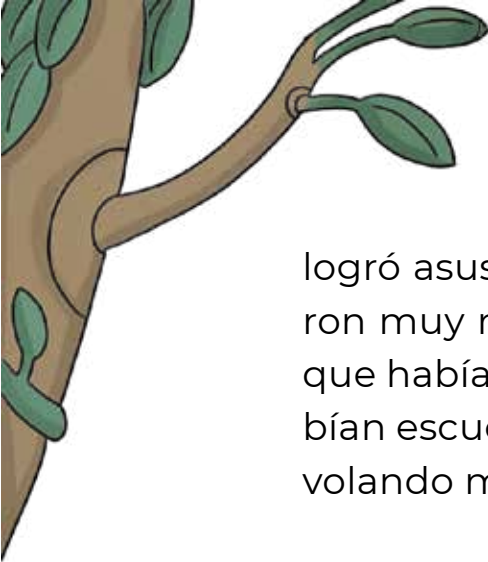
La aventura de Felipe Q'uin

I

DE NUEVO AMANECIÓ EN LA SELVA, EL CIELO COLOREADO DE naranja se asomó de nuevo entre la vegetación; la frescura del viento y el canturreo de las aves despiertan los lacandones. Lacanjá siempre ha sido un lugar muy bonito, lleno de vegetación que da vida a una gran parte de Chiapas; está cubierto de árboles como el cedro, pata de elefante, castilla elástica, guarumbo, jobo, palo de rosa, matapalo, y otros tantos frutales: guayaba, mamey, aguacate, chirimoya, cacao, jinicuil, entre muchos otros; que llegan a medir hasta cincuenta metros de altura o más, también tiene palmeras de guano, corozo o chichón. Felipe Q'uin, amaba explorar estos hermosos paisajes con su hermana María Najbor, a quien le gustaba cortar helechos, orquídeas y bromelias para llevárselas a casa.

Cerca de su hogar se pueden ver gran variedad de animales: el tlacuache, serpientes, tapires, mono araña y también el mono aullador; que a pesar de que sabían que era inofensivo,

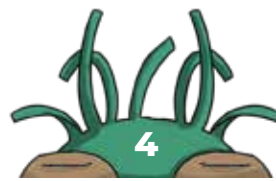




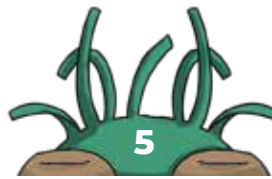
logró asustarlos tanto que pensaron que era un jaguar. Corrieron muy rápido hasta llegar con su mamá, le contaron todo lo que habían visto, pues además de los monos, ellos también habían escuchado y visto aves como el tucán y la guacamaya roja, volando muy alto entre los árboles.

Una ocasión, cuando su papá, Pedro C'ayum, los llevó a dar una vuelta cerca de su hogar, pudieron ver a un jaguar que dormía a la sombra de uno de los árboles no muy lejos de ellos. Felipe y María querían acercarse, pero Pedro, los detuvo. Les explicó que no tenían que invadir su espacio para que no los lastimara. Felipe estaba muy emocionado por ver por primera vez a un jaguar, sin embargo, también le habían hablado sobre los lagartos. Él tenía muchas ganas de ver uno, no importaba si era de lejos como al jaguar.

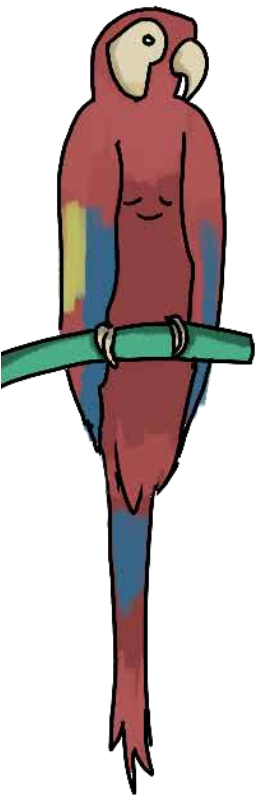
Pasaba mucho tiempo del día observando la naturaleza, por las mañanas escuchaba a las aves cantando, la corriente del río que estaba cerca de su casa, donde él y Consuela Najq'uin (su mamá) se bañaban. De día, cuando llegaban a su hogar se sentaba junto a la ventana en un banquito que su padre le había



hecho con madera de caoba, ahí pasaba horas esperando ver algún tipo de ave que nunca antes había visto. Por las noches miraba el cielo estrellado y contaba cuántas estrellas podía, para después dormir con el canto de los grillos.



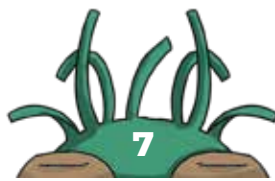




II

LA SELVA ERA MUY GRANDE PARA LOS POCOS POBLADORES DE Lacanjá, en ella había pequeñas chozas con paredes de madera y techos de palma seca. Todas las casas eran similares, con hamacas, un fogón hecho de madera muy seca que estaba rodeado de piedras dentro del hogar, ahí calentaban el atole por la noche; tenían petates en el piso donde dormían los jefes de cada familia con su esposa e hijos; en las paredes había ollas colgadas, y en las hamacas, ropa; afuera, la mayoría de la gente tenía otro fogón que se utilizaba para guisar la comida y hacer tortillas en el día.

Pedro se convirtió en jefe de familia a los dieciséis años de edad, a diferencia de todos, él sólo tuvo una esposa, Consuela Najq'uin, con quien tuvo a sus tres hijos: Jorge Xib, María Najbor y Felipe Q'uin.





Felipe, el tercer hijo de Pedro y Consuela, estaba cercano a llegar a la juventud, su cabello era largo y muy lacio, usaba una túnica de manta blanca como la de su papá y su hermano. Él desde pequeño quería hacer lo mismo que su padre y su hermano, veía que todas las mañanas cuando el sol comenzaba a salir, ellos se iban al campo; mientras, él se quedaba triste por no ser lo suficientemente mayor para acompañarlos.

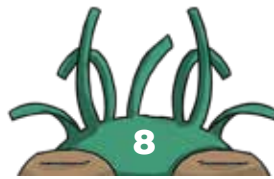
Una ocasión Felipe despertó temprano y habló con su padre.

—¿Vas al campo?— preguntó Felipe.

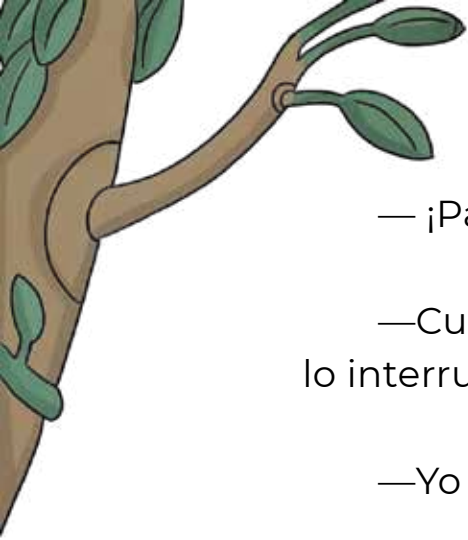
—Sí... voy a la milpa— contestó el padre.

—Yo quiero ir...

—No, aún eres pequeño, tú te quedas con María y tu madre; acompáñalas al río y cuida de ellas, ya después iremos a la milpa— le dijo Pedro mientras tomaba su morral donde fue metiendo el tabaco, el hilo de agave y un pedernal de acero.







— ¡Papá!, entonces hasta ¿cuándo voy a...?

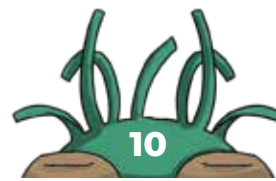
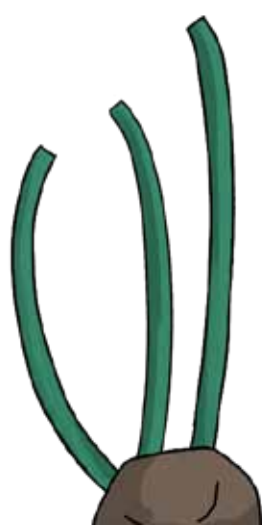
—Cuando tengas muchos años... como tu hermano—
lo interrumpió su papá

—Yo no fui a la *nij nirir* (primera cosecha) —dijo Q'uin.

—Ya será después.

Mientras, Consuela preparaba un poco de atole para el camino de su esposo, María estaba sentada en el suelo desgranando una mazorca; con una mano la tomaba, con la otra apoyaba su dedo gordo y jalaba los granos que finalmente caían sobre su falda, ella esperaba recolectar los suficientes para las tortillas del día siguiente; juntaba las perlas del maíz guardándolas en una lata de metal, pues luego de que su padre partiera a sus sembradíos, ella, su madre y Felipe se abrirían camino hacia el río.

— ¡Jorge, ya me voy!— gritó el hombre apurando a su hijo para que se levantara de la única hamaca que había en la casa.





—Ya voy... sólo me pongo los huaraches— dijo en voz alta.

—Pues ándale, agarra las tortillas y el machete...— dijo apresurado.

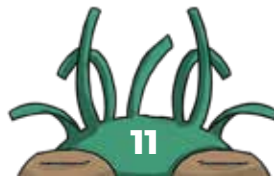
Jorge, se levantó con los ojos entrecerrados, tomó el morral que colgaba de la cabecera de la hamaca, metió las tortillas, agarró el machete, las flechas y su arco para practicar su puntería en los árboles, y salió con su padre que estaba afuera,

—Llévenme con ustedes Jorge— dijo Felipe suplicando afuera de su casa,

—Mejor crece más rápido, así podrás ir pronto— contestó su hermano.

—No puedes ir, mejor busca el cuero del venado para que te enseñe a hacer el *maw* (bolsa)— dijo su padre —mientras tanto cuida a tu madre y a tu hermana—.

Felipe se quedó afligido mirándolos alejarse hasta perderse entre la selva.



III

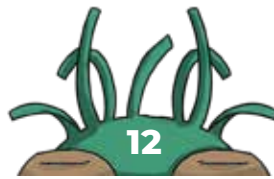
POR LA MAÑANA, FELIPE CUMPLIÓ CON LA ENCOMIENDA QUE LE había hecho su padre, cuidar de María y de su madre. Los tres caminaron hacia el río para lavar el maíz que utilizarían para hacer las tortillas de la comida y el atole; también cargaban con unos cuencos sucios en los que habían comido el día anterior.

Su mamá los guiaba por una senda que los mismos lacandones habían hecho para dirigirse al río.

— ¡Mira! —dijo Felipe con gran sorpresa.

— ¿Qué cosa? — preguntó María.

—Que hay más peces que otros días... ¿Mamá, hoy pescará mi papá?







—No mi niño— contestó su madre mientras lavaba el maíz en el río.

—¿Entonces va a cazar?— preguntó Felipe.

—No Felipe— dijo su hermana.

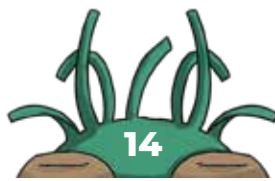
Felipe Q'uin sentía mucha curiosidad por la caza, quería aprender a dominar el arco y hacer flechas para poder pescar, pillar aves y algunos animales más grandes para comer.

—No, no siempre se caza, sólo cuando hay necesidad de hacerlo, pero hoy no porque aún tenemos un poco en la casa— contestó Consuela.

—¿Cómo sabes cuándo hay que hacerlo?

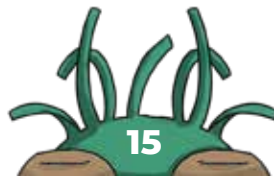
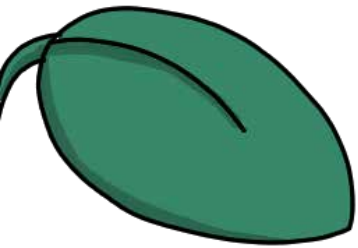
—Cuando en realidad es muy necesario.

—Pero ya es necesario, casi no hay carne en la casa.



— ¿Que no sabes que cuando desperdicias la carne no hay buena caza?, incluso, puede que el animal no muera aunque le atraviese una flecha —dijo su hermana que era un poco más grande que él.

Esa respuesta dejó tranquilo al niño, quien después de unos minutos se metió al río a nadar junto con su hermana mientras su mamá limpiaba el maíz para las tortillas y los cuencos que llevaban.





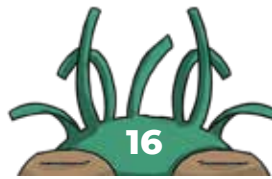
IV

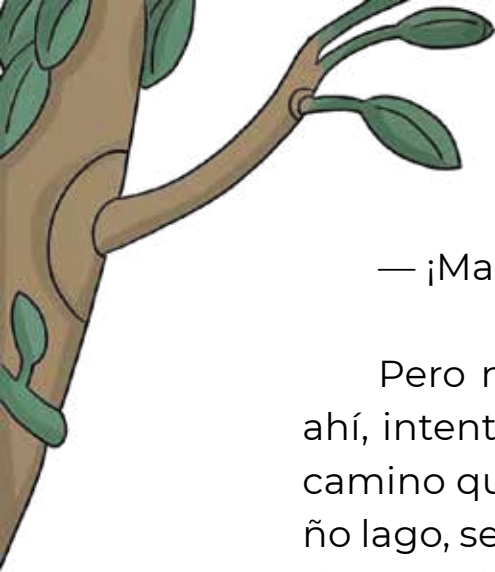
FELIPE ESTABA SENTADO A UN LADO DEL FOGÓN DE SU CASA, jugaba con una vara de madera, se levantaba, daba una vuelta rodeando el fogón, se volvía a sentar, aventaba al fuego la vara que tenía en la mano y después iba en busca de otra mientras llegaba su padre. Lo esperaba pensando que al menos podría ayudarlo a cargar la fruta que posiblemente habría recolectado en la selva junto a su hermano.

De pronto, a lo lejos, entre las relucientes plantas de la selva logró ver dos siluetas blancas. Él pensó que era su hermano y su papá. Felipe arrojó la vara, corrió hacia ellos, pero lejos de acercarse, notó que se alejaban, sin embargo, él siguió corriendo.

— ¿Jorge?— gritó confundido.

Los hombres no se detuvieron y pensó que seguramente no eran ellos. Al intentar volver ya no había camino que pudiera seguir para volver a su casa.





— ¡Mamá!— gritó asustado.

Pero nadie podía escucharlo, a pesar de esto, no se quedó ahí, intentó caminar de regreso, mas no logró dar con ningún camino que lo llevara a su casa; no obstante, llegó a un pequeño lago, se sentó a descansar a un lado de este con la esperanza de que alguien atravesara en una canoa y pudiera ayudarlo a regresar con su mamá, pero nadie pasó por ahí, Felipe pensó que tal vez si cruzaba nadando encontraría el camino al otro lado. Se acomodó la túnica y comenzó a sumergirse en el agua.

Felipe era muy pequeño, no sabía nadar muy bien, le daba miedo hundirse y que nadie lo encontrara, pero se armó de valor y comenzó a bracear, con sus manos se impulsaba en el agua, llenaba de aire sus pulmones guardando un poco en los cachetes. Sus propios movimientos lo sumergían, pero él volvía a la superficie. Nadó unos cuantos metros, a pesar de que el lago no era tan grande, él sabía que era muy profundo. Pensó en regresar y rodearlo, así no se perdería, pero sobre todo, no correría peligro.



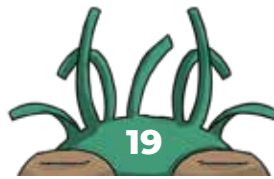


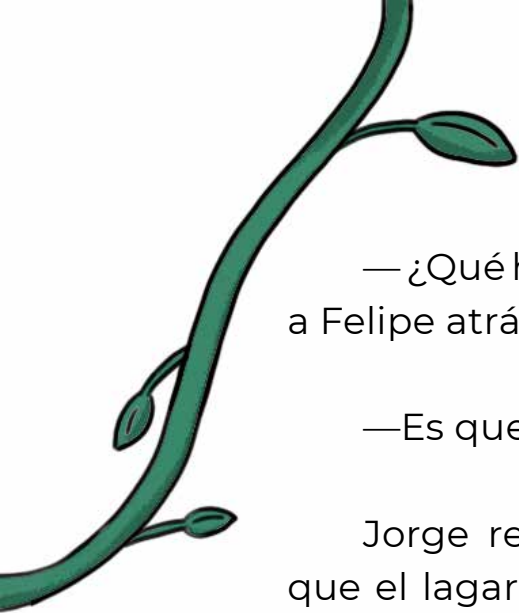


Cerca de la orilla había un lagarto, que aunque era chico en comparación de otros, resultaba peligroso para Felipe, pues era un depredador y él estaba en sus dominios. El pequeño estaba en gran riesgo, pero no se atemorizó, nadó con calma a la orilla mientras la bestia se le acercaba con lentitud acechando a la presa, por fortuna, Felipe logró salir del agua antes que la criatura lo atacara. Se alejó unos cuantos metros del lago, y escuchó que algo se aproximaba, podía ser un jaguar que también estaba defendiendo su territorio. Él no supo qué hacer ante esa situación y comenzó a sollozar procurando no hacer mucho ruido... el reptil quedó inmóvil por un momento pero no quitaba su mirada de él. Pudo sentir que tocaron su hombro; su cuerpo brincó y volteó lentamente, vio que era Jorge.

No tardó mucho en llegar su papá... vio al pequeño lagarto en la orilla del lago que se acercaba con sigilo para atrapar a su presa.

— ¡Toroc! (lagarto)— gritó el padre.





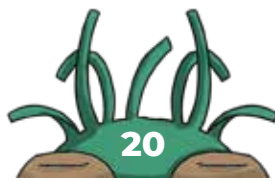
—¿Qué haces aquí?— susurró su hermano mientras ocultaba a Felipe atrás de su cuerpo —¿por qué no estás en la casa?

—Es que los vi y quise alcanzarlos, pero no pude.

Jorge retrocedió empujando a Felipe con la esperanza de que el lagarto se diera la vuelta y se fuera dejándolos con una anécdota más para contar, pero el reptil intentó llegar a ellos con rapidez, Jorge tomó su arco, lanzó una flecha pero no logró atinarle a la cabeza, el animal no se detuvo y siguió corriendo hacía ellos. Tiró una segunda flecha que rozó la piel de la criatura. Pedro intentó sorprenderlo por detrás, tratando de caer sobre éste para dominarlo; el lagarto al verse amenazado, corrió al agua y se hundió sin dejar huella de su presencia.

—Quedamos en que te quedarías en casa— por fin dijo Pedro.

—¿Por qué no obedeces?— preguntó su hermano mientras Felipe tenía el rostro cabizbajo —Es peligroso que andes así nomás, te puedes perder.







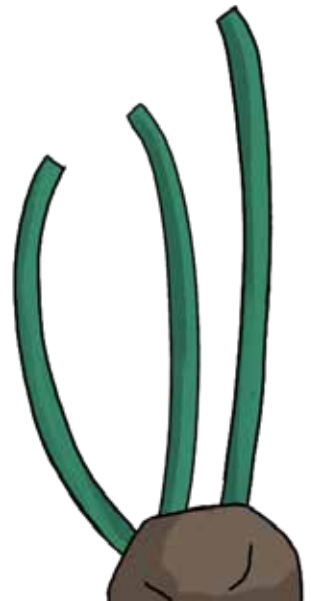
—Andale ayúdame —dijo su papá. Y le dio una bolsa llena de camotes que llevaba.

—Vaya manera de ver por primera vez a un lagarto... —dijo su hermano —¿Te asustaste verdad?

—No... era muy pequeño

—¡Pequeño como tú!

Pedro cargaba una gran penca de plátanos que recién había cortado de la selva y un saco con elote, a su vez Jorge llevaba un costal con huaya, mamey, zapote de agua y algunos jinicuiles.





V

A LA MAÑANA SIGUIENTE FELIPE SE ALISTABA PARA CAMINAR DE nuevo hacia el río, tomó una lata llena de maíz y salió de su casa. Era un día muy soleado, se escuchaba el canto de las aves, el fogón estaba prendido, el atole caliente, las tortillas listas en el comal y Consuela preparaba *jach mucbir waj* (tamal grande y cocido en seco) para cuando Pedro y Jorge llegarán con la cosecha del campo.

— ¿Dónde está Felipe? —preguntó Pedro.

Felipe perdido en sus pensamientos, no le emocionaba ir al río de nuevo, pues él quería ir con su papá y Jorge a la milpa. De pronto sintió un pequeño empujón en su espalda. Era su hermano que ya estaba listo junto a su padre para ir al campo.

— ¡Ándale, vámonos!





—¿A dónde? —preguntó Felipe.

—A cortar el jitomate y el aguacate.

—Mi papá no me deja, además voy a ir con...

—¿Pos no que ya eres lo suficientemente grande para ir? —lo interrumpió su hermano.

—¡Ándale! te estamos esperando. Además, después de haberte enfrentado a un pequeño lagarto significa que ya puedes conocer un poco más de la selva —insistió Pedro —aprenderás a hacer flechas y a tirarlas del arco, también a cultivar la tierra y ya después aprendes a hacer el *maw*.

Felipe emocionado corrió por su morral y luego juntó a su padre, él estaba listo para adentrarse a una nueva aventura.

Los tres hombres caminaban por la selva siguiendo un camino que la misma naturaleza abría. Felipe por primera vez veía más allá de lo que había conocido junto a su madre y Ma-

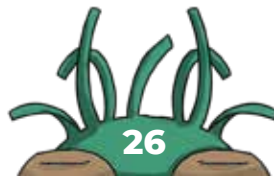


ría; escuchaba la selva en su esplendor y veía nuevos ríos, plantas e insectos que no conocía, ya que no le permitían ir más allá de los límites de su hogar.

— ¿Qué vamos a hacer hoy?— preguntó Felipe.

—Vamos a cazar otro reptil— dijo Jorge bromeando.

Felipe, en las salidas con su padre, aprendió a hacer todo tipo de flechas: para aves y para cazar peces en el río, también entendió que los animales no se matan sólo por matar, sino cuando realmente era necesario, además comprendió la importancia de la selva para los lacandones, que les ha permitido sobrevivir por muchas generaciones y conservar su lengua y su cultura.



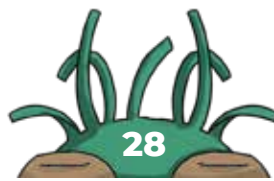




VI

EL HOMBRE SENTADO SOBRE UN BANCO DE CAOBA, AL FÍN HABÍA terminado de contar la historia, a su alrededor tenía pequeños lacandones, niños y niñas, todos vestidos con túnicas blancas de tela fresca y con cabellos largos; sentados sobre un petate, lo miraban con atención.

—Señor Q'uin cuéntenos otra historia de cuando era niño
—dijo uno de los pequeños.







INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2021